

# La página viva

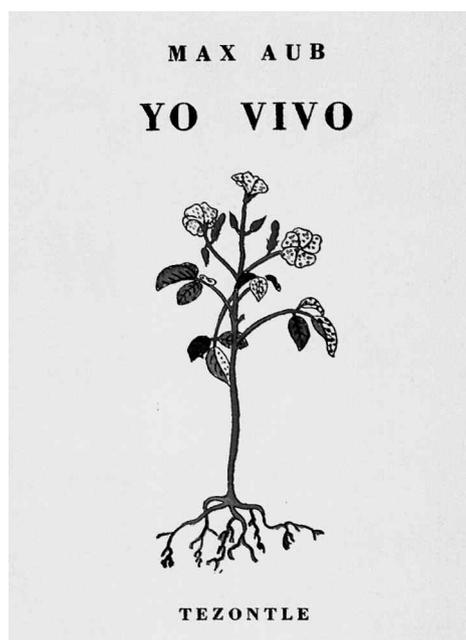
## Besar a Matilde

José de la Colina

Matilde tiene veintidós años y es vendedora de guantes. Mide un metro sesenta y uno, pesa cincuenta y cinco kilos, tiene sesenta y nueve centímetros de cintura, ochenta de pecho, noventa de cadera. No es golosa; le gustan el cine, las rosas y el perfume de rosas; prefiere ir bien calzada que ir bien vestida. Cierta predilección por las novelas de Armando Palacio Valdés, que prefiere releer a introducirse en mundos nuevos. Si no duerme nueve horas no está contenta. Vive con su madre, no conoció a su padre. Es novia de Enrique desde hace dos años y dejó de ocultarle nada ocho meses después. Se casarán cuando él acabe la carrera. Hace año y medio que no se confiesa; piensa rescatarse la víspera de la boda.

Levanta a menudo los brazos para arreglarse los mechones rebeldes del cogote. Sonríe con los brazos doblados en alto como pidiendo perdón por el tiempo perdido en ese acicalar. Le gustan las blusas blancas y las faldas oscuras. Si se fijara en ellos le gustarían los pájaros, las flores y la primavera. Le gusta ser vendedora de guantes. Pasado el umbral de la tienda no se acuerda de su trabajo. Le gusta que Enrique la bese y corresponderle. Le extraña que un placer tan perfecto esté permitido indefinidamente; por si acaso, pasa todo el tiempo posible dejándose besar y besando, con cierta timidez, pero besando.

Enrique siente cómo sus labios son los labios de Matilde. Cómo su gusto es el gusto de Matilde. Cómo su deseo es el deseo de Matilde. Cómo respiran a unísono tiempo. Tiene cogida la cabeza de Matilde con la palma de la mano derecha, sosteniéndola por el cogote, teniendo en cuenta y cuidado de que sus labios, en los lentos vaivenes, no opriman su pulpa en los dientes, finos y duros que se le ofrecen. Sin más placer que el besar: sentir entre los labios el fino reborde superior de la boca enfrentada, notar cómo ese brusco de-



clive blando y caliente del medio punto y la dulcísima curva que le sigue forman el fruto más deseado, maduro por instantes, repleto de savia, a punto de entreabrirse, gajos venecidos y en sazón.

Max Aub, *Yo vivo*.

\*\*\*

Como de Ramón Gómez de la Serna y de Alfonso Reyes, puede decirse de Max Aub (1903-1972) que, tanto por lo cuantioso como por lo genéricamente variado, fue, no un escritor, sino una pluralidad de escritores. Una vez le oí confesar: “Soy el ‘negro’ de mí mismo; escribo sin parar y sin plagiarme”, y otra, a propósito de la crónica de su retorno a España, *La gallina ciega*: “En realidad, un gallo ciego de tanto escribir... soy yo”.

Para él, escritura era sinónimo de vida. En México, donde se diversificó en innú-

meras actividades (traductor, antologista, editor, autoeditor, consejero de varias editoriales, abundoso dialoguista y guionista de cine, articulista para varias periódicas publicaciones, etcétera), escribió una setentena de libros de diversos géneros: cuento, novela, ensayo, crítica, poesía, teatro (su mayor pasión de autor), y aun la novela aleatoria: *Juego de cartas*, y la biografía de un inventado pintor: *Jusep Torres Campalans*, que atraviesa las vanguardias europeas y pasa el final de su vida pintando y escribiendo solitario en una selva mexicana.

*Yo vivo*, publicado en 1953 (Tezontle, Fondo de Cultura Económica, 500 ejemplares, 80 pp.) es un libro de juventud (de 1936) que la Guerra Civil Española dejó inacabado e inédito. Lo animaba un desmedido proyecto: escribir una especie de enciclopedia de la vida humana atestiguada por los sentidos y la sensualidad de un solo hombre. Diecisiete años después decía en el colofón de la primera edición: “Al releer, hoy, estos cachos de prosa del que creí que sería mi gran libro, veo que quedará trunco para siempre. Me duele no poder acabarlo; hubiese querido describir otros placeres del hombre sin pararme en barras de callar algunos que cuentan y no se cuentan. [...] Lo miro con cariño porque es el libro que pudo ser y no es”.

De cualquier manera, *Yo vivo* es un pequeño gran libro, uno de los mejores y para mí el más inolvidable de Aub. En el capítulo XI (de veintiuno), en realidad titulado escueta y atinadamente “De Matilde”, el joven Max, con su prosa de apretada sintaxis narrativa y lírica, hace el encantador esbozo de una muchacha mediterránea y, a la vez, una gozosa definición del acto de besar (placer que para bien cumplirse no puede ser solitario). ■